

La utopía extraviada
Enrique Semo

Noviembre de 2001

Queda por resolver el problema de la utopía de la izquierda. La izquierda no puede pasar de la resistencia a la acción transformadora sin responder a fondo al reto del pensamiento único, La batalla del futuro se gana primero en las ideas y su respuesta debe reconciliar los objetivos inmediatos con la visión del futuro.

La izquierda es una posición que forma parte inseparable del sistema político. Evoluciona y se transforma respondiendo a los cambios de éste, y su desarrollo sólo puede ser comprendido en el marco de esos cambios. En el último cuarto de siglo, el mundo y México han pasado por grandes transformaciones, y esa corriente de pensamiento y acción no podía permanecer al margen de ellas.

Bajo el impacto de la globalización, en Europa Occidental y Estados Unidos el “Estado de bienestar” pierde fuerza y aparecen poderosas tendencias conservadoras centradas en las personalidades de Ronald Reagan y Margaret Thatcher. En América Latina, llega a su fin el ciclo de dictaduras y movimientos guerrilleros, y en la década de los ochenta el subcontinente se orienta hacia la reforma democrática que intenta mitigar los destrozos de las políticas neoliberales. Terminada la guerra fría, Estados Unidos se vuelve más tolerante hacia las izquierdas latinoamericanas que se inscriben en ese proceso, a la vez que mantiene el bloqueo de Cuba. En México, todavía en 1976, el régimen de partido único que excluía de la vida legal a la mayor parte de la izquierda se mantiene sin cambios sustanciales. Desde los sesenta se había vuelto más represivo, pero los embates contra su hegemonía eran más frecuentes y masivos. En ese mismo año, el prolongado auge económico de posguerra llega a su fin y la economía mexicana entra en una era de inestabilidad, estancamiento, endeudamiento y dependencia creciente que no ha terminado aun.

En el periodo 1977-1978 el gobierno de José López Portillo puso en marcha una reforma que abrió, de manera limitada las puertas de la vida electoral a la izquierda independiente. Cinco años más tarde, en 1982, se produjo una devastadora crisis económica así como el ascenso en los puestos de mando de la tecnocracia con un proyecto neoliberal ortodoxo. La reacción de la izquierda fue vigorosa, pero no eficaz. Sin embargo, los grandes movimientos de protesta de los primeros años de los ochenta crearon las condiciones para la insurrección electoral de 1988.

La caída del Muro de Berlín y del socialismo realmente existente y la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas, que fueron prácticamente simultáneas, produjeron en la izquierda cambios importantes. Los más significativos fueron el ascenso del neocardenismo y la formación del Partido de la Revolución Democrática. En 1988, en elecciones marcadas por un fraude masivo, sube a la presidencia Carlos Salinas de Gortari, quien realiza a ritmo vertiginoso una serie de reformas neoliberales. Privatizaciones, contrarreforma agraria, debilitamiento de las instituciones de seguridad social, desregulación económica y firma del Tratado de Libre Comercio en condiciones desventajosas son sus momentos estelares. La acción de la izquierda se vuelca al plano electoral. Defensa de las victorias locales y oposición a la política económica salinista en el Congreso son sus aspectos más salientes.

1994, año de sucesión presidencial, es marcado por una crisis sin precedentes de la élite gobernante. Asesinato del candidato del PRI a la presidencia, rebelión de Manuel Camacho que rompe las reglas establecidas, seguidos de otros asesinatos y una desastrosa crisis económica en diciembre, son síntomas de una descomposición irreversible.

El 1 de enero del mismo año aparece a la luz pública una nueva expresión de la izquierda, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Desde la profundidad de Chiapas, un movimiento guerrillero de fuerte contenido indígena declara la guerra al sistema. Pocos días después, la situación de guerra se

transforma en una paz armada que da sustento a una negociación prolongada, la cual aún no ha terminado. Los zapatistas adquieren una gran presencia internacional pero en el plano nacional su causa se enfrenta a obstáculos insuperables. A partir de entonces, la izquierda tiene dos polos, uno moderado en el PRD y uno radical en el EZLN.

En medio de un profundo deterioro de las condiciones de vida de las mayorías, el gobierno de Ernesto Zedillo, al mismo tiempo que sostiene drásticas medidas de austeridad, revierte la política represiva contra el PRD, que en las elecciones intermedias de 1997 obtiene una importante victoria. El sistema electoral se abre paulatinamente al pluralismo. En el año 2000 la economía se recupera y en las elecciones de julio se produce al fin la alternancia, que pone fin al sistema de partido de Estado. Las expectativas y esperanzas que el llamado de Vicente Fox al cambio sembró crean una nueva situación política. Sin embargo, una aguda recesión económica, un gobierno sin proyecto y los atentados del 11 de septiembre en Estados Unidos, con sus secuelas, están poniendo las bases de un desencanto de consecuencias todavía impredecibles.

La izquierda mexicana es una corriente de pensamiento y acción que se aglutina alrededor de algunas ideas básicas que se han mantenido a lo largo del período: una mejor distribución del ingreso; consolidación y ampliación de la democracia: defensa de los derechos de la mujer, los indígenas y del papel social del Estado, así como de la soberanía económica y política. Pero las ideologías que sostienen a esas posiciones y el significado de éstas en un escenario en perpetuo cambio sufren profundas transformaciones. Así, por ejemplo, antes de 1979 el concepto de democracia se identifica principalmente con la reivindicación de los derechos ciudadanos, mientras que a partir de ese año comienza a centrarse en la reforma del sistema electoral. Con la firma del TLC, el concepto de soberanía asociado con el modelo de sustitución de importaciones debe ser reelaborado.

Hacia 1976, la influencia del marxismo y el socialismo entre los miembros de la izquierda era muy grande. Los libros de los autores más conocidos de esa corriente, tanto europeos como mexicanos, se venden por decenas de miles de ejemplares. Algunos manuales alcanzan ediciones de cientos de miles. En las facultades de ciencias sociales de muchas universidades desplaza a las otras corrientes de pensamiento. Todos los marxismo tiene sus partidarios, y los debates entre leninistas, maoístas, gramscianos, althuserianos, constituyen una activa vida teórica. En la interpretación de la evolución de América Latina, los partidarios de la teoría de la dependencia y los de modos de producción libran batallas que producen una copiosa literatura. La ideología del movimiento comunista se ve sacudida después de 1968 por la aparición del eurocomunismo, que cuestiona mucho de lo que está sucediendo en los países del “socialismo realmente existente”. En ese movimiento se inicia la diferenciación y más tarde la dispersión que rompe con el monolitismo del pasado. Los portadores de la idea del partido de vanguardia se oponen al culto a la espontaneidad y se enfrentan a los militantes de los movimientos sociales que denuncian la burocracia y la rigidez doctrinaria de los partidos.

Sin embargo, ese florecimiento de la teoría marxista no penetró en las masas populares. El socialismo fue en México siempre una corriente de élites y por eso su eclipse después de 1989 fue tan completo.

El nacionalismo revolucionario, en cambio, que tenía en los ochenta una presencia limitada en los medios intelectuales, predominaba sobre todo en los sectores populares que respondían a los llamados de la izquierda. Todavía a principios de la década de los setenta se manifestó vigorosamente como corriente ideológica en el movimiento sindical contestatario dirigido por Rafael Galván.

Hasta mediados de los ochenta los socialistas son revolucionarios, y los nacionalistas, reformistas. Los primeros consideran que los objetivos de la izquierda sólo pueden realizarse por medio de una revolución, y los segundos se empeñan en la consumación de los ideales de la Revolución Mexicana,

sin romper con el régimen. Los primeros se mantienen fuera del sistema y la idea fuerza que los aglutina es la independencia respecto del Estado. En un mundo en el cual el PR-gobierno ocupa o permea todos los espacios, ser independiente se convierte en un símbolo de dignidad. Los nacionalistas revolucionarios, en cambio, se mantienen dentro del partido gobernante con salidas intermitentes que les permiten mantener vivo su contacto con sectores populares en lucha.

A partir del periodo 1988-1989, la cultura de la izquierda conoce una profunda transformación. Sus objetivos básicos se mantienen, pero la ideología y las organizaciones socialistas sufren un colapso, y más tarde dicha cultura desaparece de la escena. Los efectos en México de la caída del Muro de Berlín fueron demoledores. En el PRD, las ideas de revolución e independencia del régimen son sustituidas por las de la reforma y fusión entre un sector del PRI y la izquierda socialista, bajo la hegemonía del primero. El dogmatismo, flagelo persistente de la izquierda programática, cede el lugar al oportunismo sin anclas del populismo. El nacionalismo revolucionario y el caudillismo ocupan el lugar dominante. Las utopías son sustituidas por un pragmatismo chato que ignora la proyección hacia el futuro. Ante el embate de la contrarrevolución neoliberal, empeñada en desmontar los logros populares del último medio siglo. La izquierda desarrolla actitudes conservadoras: defensa de los derechos agrarios y sociales atacados, oposición a la apertura indiscriminada de la economía, reivindicación del papel del Estado frente al mercado. La idea del cambio pasa aparentemente del campo de la izquierda al de la derecha. Ante muchos, más que portadora de los ideales de un futuro mejor, la primera aparece como defensora de un pasado mejor. Después de las elecciones presidenciales de 2000, esto acerca peligrosamente al PRD a las posiciones de un PRI que ha perdido la Presidencia.

En cambio, el EZLN, aliado a los sectores de los intelectuales que se mantienen en la izquierda, encabeza una fuga hacia el futuro. Las ideas de oposición frontal al neoliberalismo, dignidad

revolucionaria, democracia directa, sociedad civil y derechos indígenas frente a la globalización son, sin duda, una premonición del futuro. La utopía global es sustituida por una utopía abierta, experimental. Pero el mensaje no cala en las mayorías que se empeñan en el cambio gradual y oscilan entre la defensa del pasado y la atracción del neoliberalismo, promovido desde los centros de poder internacionales y nacionales. Al mismo tiempo que la influencia del mensaje zapatista se difunde espectacularmente en el mundo y crea una red de solidaridad que da la vuelta al globo, su atracción en el escenario nacional se reduce. En materia de pensamiento, la izquierda vive un compás de espera en busca de la síntesis y, a la vez, la superación del liberalismo democrático, el nacionalismo revolucionario y el socialismo marxista, tal como se presentaron en la historia de México.

1976 encuentra a la izquierda empeñada en participar por última vez en la elección presidencial sin registro. Por haber declinado el PAN su participación en esa justa electoral, el candidato del PRI, José López Portillo, se encuentra sin oponente y por eso la actitud hacia la candidatura de Valentín Campa, viejo líder sindical y militante del Partido Comunista Mexicano (PCM), es más tolerante, no siendo objeto de los hostigamientos y represiones acostumbradas, Campa es apoyado por una Coalición de Izquierda integrada por el PCM, la Liga Socialista y el Movimiento de Organización Socialista, ambas de orientación trotskista. Muy ilustrativamente, la campaña fue denominada Marcha por la Democracia y el slogan central, inspirado en el ascenso de las luchas sindicales, fue “Campa, candidato de los obreros en lucha”. De esa manera, el discurso se orientó hacia la democracia en general y la democracia sindical en particular. Dentro de ese marco, se apoyaban la exigencia de derechos políticos para los sacerdotes, la libertad académica y la democracia en el Ejército.

La campaña, sin acceso a los medios de difusión masiva, tuvo una proporción modesta. Duró tres meses e incluyó 97 mítines, en los cuales participaron – según los cálculos de los organizadores – casi

100 mil personas. Los actos principales se realizaron en Puebla y Guadalajara, y el mitin de cierre en la Arena México, que tuvo una asistencia de más de 10 mil personas. El número de votos obtenidos por Campa nunca apareció en los informes oficiales. La campaña del viejo líder sindical demuestra a la vez el empeño de la izquierda partidista en integrarse a los procesos electorales y los límites de su influencia en las condiciones de represión que aún privaban en esos años, en los cuales la guerra sucia contra la guerrilla que había surgido desde 1971 seguía en su apogeo. Tres años más tarde, la izquierda obtenía su registro y participaba por primera vez en una elección nacional de diputados, dentro del sistema.

Por su parte, los movimientos populares siguen activos. Reacios a sumarse a los partidos programáticos de la izquierda, coinciden con ellos en demandas inmediatas pero se diferencian en sus tácticas. En 1975, Rafael Galván forma la Tendencia Democrática del Sindicato Único de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana (SUTERM) y encabeza grandes movilizaciones que se extienden por todo el país. Mientras los líderes sindicales oficiales se esfuerzan por dividir al movimiento y hostigarlo, 40 mil electricistas marchan el 1 de mayo de ese año presentando sus propios planteamientos, entre los cuales el relacionado con la democracia sindical juega un papel central. El 15 de noviembre se realiza otra manifestación, en la que participa el sindicato de la UNAM con más de 100 mil personas. En los meses siguientes grupos de choque enviados por los líderes oficiales toman los locales y acusan a Galván de ser un “fascista rojo”. En octubre del siguiente año se forma el Frente Nacional de Acción Popular, que agrupa a numerosos sindicatos y organizaciones independientes. Dos años más tarde, el movimiento se disuelve, en medio de la represión.

En 1977 se aprueba la Ley Federal de Reforma Política, que más que la creación de un régimen pluralista se propone otorgar una expresión acotada a lo que el gobierno llama “las minorías”. La

izquierda temerosa de que esto sea una nueva forma de cooptación, se acoge cautelosamente a ella. Pero en los siguientes seis años todos los partidos importantes se integran a la legalidad electoral. Atraída por las nuevas posibilidades que ésta ofrece, la izquierda inicia varios movimientos unificadores. En 1981, en vísperas de las elecciones presidenciales, el PCM encabeza la formación de un nuevo instituto, el Partido Socialista Unificado de México, en el cual confluyen otras cuatro organizaciones. Sin embargo, se está lejos de la unidad total y muchas agrupaciones importantes se mantienen, recelosas, al margen. En 1986 se produce una nueva fusión que une al PSUM con otras dos fuerzas para formar el Partido Mexicano Socialista. Pese a esos esfuerzos, los resultados electorales son muy modestos. La suma de los votos de la izquierda independiente nunca es superior a 6%, y a partir de 1982 siempre presentó más de una planilla. Aun cuando los datos – debido a la falta de órganos electorales independientes – no son del todo confiables, reflejan una clara tendencia a la marginación. Estas fusiones que se realizaban para unir las dispersas fuerzas, tuvieron poco efecto en un elector que se encontraba con una oferta electoral de izquierda de siglas cambiantes y diferencias incomprensibles. Mientras su voto se estancaba, el del Partido Acción Nacional crecía, colocando a éste en un claro segundo lugar. El fantasma del bipartidismo rondaba al sistema.

El PMS fue el último esfuerzo por crear una gran organización electoral socialista. El 19 de mayo de 1989 ésta se disolvía para dar vida al Partido de la Revolución Democrática, que durante sus primeros 10 años de vida se ha visto dominado por la corriente neocardenista. El paso de la semilegalidad a la vida electoral legal produjo ya cambios que con el tiempo se han ido consolidando. La izquierda se hizo menos doctrinaria y más atenta a la opinión pública. Los intelectuales “orgánicos” perdieron influencia y los operadores de campaña se hicieron más importantes. El militante envuelto en el pathos ético cedió el lugar al político profesional a la mexicana. Aparecieron los primeros casos de

corrupción y las luchas internas se hicieron menos ideológicos y más ligadas al problema del poder. Pese a ello, la identidad de la izquierda seguía siendo inconfundible.

Los 70 años de dominio del PRI estuvieron marcados por una sucesión apretada de protestas masivas extraparlamentarias que acabaron por ser vistas por muchos ciudadanos como un fenómeno normal. En los primeros 10 años del periodo que estamos reseñando, los movimientos sociales que planteaban demandas populares específicas, cuestionando el pacto corporativo, conocieron un auge sin precedente.

A diferencia de los partidos legales, esos movimientos recurren preferentemente a la manifestación, la huelga, la resistencia civil y, en último caso, a la guerrilla. Debido al carácter del sistema, entraban inevitablemente en conflicto con el monopolio del PRI y sus organizaciones de masas. Algunos tenían rasgos de clase, estrato o etnia, definiéndose como campesinos, obreros, indígenas o estudiantes. Otros eran de carácter regional, cívico o urbano-popular. Generalmente, sus dirigentes pertenecían o provenían de la militante en la izquierda partidista.

En 1979, surgió la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación, que reivindicaba en primer lugar la democracia sindical. Durante los siguientes tres años movilizó a más de 150 mil maestros en manifestaciones y plantones. Un ejemplo de un movimiento regional con fuerte contenido indígena es la Coalición Obrero Campesino Estudiantil del Istmo (COCEI), que se constituyó en una poderosa fuerza antipriista en el Istmo de Tehuantepec. Su lucha, consistente en la exigencia de respeto a la autonomía de las comunidades y los derechos ciudadanos y que, además, planteaba las demandas económicas de la población trabajadora de la región – tierra, fin a la corrupción burocrática y la arbitrariedad de los caciques - , le dio una gran fuerza política local y prestigio nacional.

Muy diferentes por su composición social y sus objetivos eran los importantes movimientos urbanos de las grandes ciudades que se oponen a la tendencia de las élites a moldear la vida de la ciudad de acuerdo exclusivamente con sus propios intereses; aparecen a mediados de los años setenta con demandas de vivienda popular, transportes eficientes y baratos, servicios de agua, luz y educación para los barrios populares, resistiendo la lógica inexorable del uso comercial de la tierra. A partir de 1980 la Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular celebra encuentros nacionales a los que concurren cientos de organizaciones populares urbanas. A partir de 1982 sus planteamientos se hacen más generales y abarcan los problemas de la política nacional.

La crisis de ese año y el viraje neoliberal de la política mexicana produjeron una ola de movimientos sociales que mantuvo su intensidad durante más de dos años y que abarcó a todo el país. En octubre de ese año se formaron dos coordinadoras, una más moderada y otra más radical, que incluían a cientos de organizaciones nacionales y locales. A partir de noviembre se iniciaron una serie de huelgas que movilizaron al Sindicato Mexicano de Electricistas y al Sindicato de Trabajadores de la Universidad Nacional Autónoma de México (STUNAM), entre otros menores. Para junio del año siguiente, los huelguistas suman casi 300 mil, pero el movimiento es derrotado y las huelgas son levantadas sin lograr sus objetivos. En octubre de 1983 se organiza un paro general que es bastante exitoso, y el 5 de junio del año siguiente otro, que resulta un fracaso. A partir de entonces, el movimiento entra en un receso, roto sólo para las concentraciones de campaña de Cuauhtémoc Cárdenas en 1987. Lo notable es que ese conjunto de actos no logró por sí mismo frenar la aplicación de la política neoliberal ni modificar el sistema.

La aparición de la Corriente Democrática en el seno del PRI vino a cambiar radicalmente las cosas. Fue una rebelión contra el viraje iniciado por Miguel de la Madrid que estaba cuestionando todo el

modelo de desarrollo aplicado por ese partido en los últimos 40 años. Sus dirigentes principales fueron, desde un principio, Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo. El primero acababa de salir de la gubernatura de Michoacán y el segundo de la representación de México en la ONU. Cárdenas dividió profundamente a la élite gobernante y al PRI, y arrastró tras de sí a todos los sectores vulnerados por la crisis o indignados por el modelo político de altos costos sociales que se estaba imponiendo al país. En 1988, sin organización unificada ni acceso a los medios, el candidato del Frente Democrático Nacional logró en 120 días de campaña sumar alrededor de 40% de los votos, colocando al sistema contra la pared. Así nació el mito de la invencibilidad de Cuauhtémoc Cárdenas.

Por su parte, los partidos de la izquierda programática y los movimientos sociales que se habían movilizado intensamente en el último lustro, sólo para sufrir derrota tras derrota, encontraron en su candidatura la oportunidad de irrumpir en la escena y se sumaron, casi todos, a la candidatura. Por primer vez en décadas, la izquierda encontró la unidad.

Cárdenas demostró ser el candidato ideal para el momento que vivía el país. Su condición de heredero político del general Lázaro Cárdenas galvanizó a los partidarios del régimen que se oponían al ascenso del neoliberalismo, otorgándoles garantías contra excesos radicales. Su estilo firme y sobrio a la vez fue acogido con simpatía por muchos electores cansados de la demagogia oficial. Su incansable “pueblar” y su capacidad de escuchar despertaron esperanzas en sectores olvidados, y su habilidad para los “amarres” unificó fuerzas aparentemente incompatibles.

Su éxito en las elecciones sacudió profundamente la conciencia nacional. Quedaba demostrado irrefutablemente que, incluso en el marco estrecho del sistema electoral de entonces, el PRI podía ser vencido por esa vía, y esto fortaleció en el imaginario popular la credibilidad en dicha opción como medio de expresión y de cambio.

Un año más tarde nacía el PRD de la fusión de la Corriente Democrática, los partidos programáticos de la izquierda y la mayoría de los movimientos sociales existentes. El nuevo partido se constituyó en medio del naufragio ideológico de la vieja izquierda producido por la caída del Muro de Berlín y la renuncia de los movimientos sociales a su empeinado abstencionismo electoral y parlamentario, que los mantenía fuertemente anclados en la sociedad civil. Estos vacíos fueron rápidamente ocupados por una visión estrecha del nacionalismo revolucionario y el pragmatismo priista.

Uno de los fenómenos más interesantes de la época es el ascenso del neocardenismo. Durante una década Cárdenas unió a la mayor parte de la izquierda alrededor de la ilusión de victoria evocada por su nombre. El lema unificador era simple y electrizante: “¡Cárdenas a la Presidencia!” Con él, la izquierda salió de la marginalidad en la cual estaba sumida e impuso su legitimidad en la opinión pública. Además, la salida de la Corriente Democrática produjo en el PRI una herida abierta por la cual, durante una década, miles de cuadros y numerosos grupos asociados a ese partido fluyeron hacia el nuevo. Es en él donde los priistas hicieron su primer aprendizaje en la oposición. Las tres campañas presidenciales de Cárdenas y la campaña del Distrito Federal infundieron nueva vida a una de las corrientes políticas de México: el cardenismo. El neocardenismo es un populismo de izquierda, un proyecto de reforma del PRI que se sostiene en el ideario de Lázaro Cárdenas. Ahora se manifiesta como una forma de resistencia a las políticas neoliberales del grupo gobernante con añoranzas por el Estado de beneficios limitados del período 1940-1980. Es también un movimiento caudillista tradicional, centrado en la figura carismática de su líder y las experiencias de sus cuatro campañas. En él la fuerza del dirigente desplaza la autoridad de las ideas y la organización. Es también un estilo de hacer política que renueva los lazos entre sectores populares desfavorecidos y élites políticas, imponiendo reformas y concesiones que no amenazan al sistema. Después de la derrota de julio del

año pasado, el neocardenismo ha perdido su centralidad en la vida de la izquierda, pero no existen aún alternativas coherentes que puedan sustituirlo. Una victoria de Lázaro Cárdenas Batel en la contienda por la gubernatura de Michoacán puede inyectarle nuevos bríos políticos, pero no su preeminencia nacional, que es fruto de circunstancias irrepetibles.

El neocardenismo y el PRD han sido el gran catalizador de la transformación de la izquierda en una fuerza electoral y su inclusión como factor influyente en el proceso de transición democrática. Esto, a su vez, le ha otorgado plena legitimidad en el nuevo sistema pluralista que se está construyendo.

El talón de Aquiles del nuevo partido es su organización interna. Desde sus primeros pasos, el PRD ha sido una federación suelta de fuerzas, grupos y personalidades muy diversas. Esta heterogeneidad se plasmó en estatutos que legitiman la existencia de corrientes y cometen los puestos de dirección y de representación a elecciones directas, secretas y universales. Esta condición le ha permitido al nuevo partido adaptarse a las formas de organización popular ya existentes y echar rápidamente raíces en amplios sectores. Pero también ha creado en muchos de sus dirigentes una visión instrumental en la cual el partido aparece no como un fin en sí mismo, sino como un medio para la realización de los objetivos particulares de su grupo. El partido ha marchado muy lentamente por el camino de la institucionalización y de la construcción de lealtades partidistas.

El PRD es hoy un partido de políticos profesionales o aspirantes a serlo. En sus filas hay poco lugar para la participación activa y estable de militantes que no aspiran a puestos de dirección o representación y que no responden a una relación clientelar. El nuevo partido no es una comunidad ideológica abierta a todas las actividades que promueven la realización del ideal común. Hay en él poco lugar para los sindicalistas, ecologistas, feministas, agraristas, intelectuales o artistas. Sus

actividades se limitan a las campañas electorales, el parlamento o el gobierno y su visión de la política está limitada a esos quehaceres.

Las luchas electorales y las experiencias comunes han formado lealtades que unen a miles de personas que se consideran a sí mismas como perredistas y responden voluntariamente a los llamados de su partido, pero su participación en las decisiones internas de éste es insignificante. Además, no toman parte en procesos de educación política hacia adentro o hacia afuera, y esto es un obstáculo muy grande para la implantación del instituto en los sectores más avanzados de la sociedad, sobre todo en las regiones y ciudades más desarrolladas del país.

Sin embargo, no hay duda de que en el espectro político del México de hoy el PRD ocupa el lugar de la izquierda. Y esto se refleja, sobre todo, en su labor en las Cámaras. Desde sus primeros pasos ha pugnado por una democratización profunda del régimen político y en la era del dominio del PRI denunció consecuentemente el carácter autoritario del sistema presidencialista y corporativo, y defendió los principios del pluralismo, la división de poderes y la transparencia electoral.

Junto con otros partidos de la oposición, ha contribuido decisivamente a desarmar al régimen autoritario priista, que había frenado durante décadas el desarrollo de la democracia electoral en el país. Pero lo que lo distingue de los otros dos grandes partidos es la lucha por un cambio radical en la política económica y social. Los grupos parlamentarios del PRD han denunciado el aumento preocupante de la pobreza y la creciente dificultad de acceso a los servicios públicos básicos. Se han opuesto a la privatización del Instituto Mexicano del Seguro Social y al recorte de los padrones de beneficiarios de los programas de abasto. Han levantado también la bandera de la defensa de los derechos sociales de los ciudadanos fijados en la Constitución. El PRD se opuso también a la contrarreforma agraria de Salinas de Gortari y ha sido muy activo en materia de protección de los

migrantes mexicanos en los Estados Unidos. Sus representantes siempre sostuvieron que su el TLC asegura la movilidad de capitales, debe también facilitar la movilidad del trabajo.

El PRD exigió, sin éxito, cambios profundos en el presupuesto de egresos de 1998 y 1999 para incrementar el gasto social y acabó votando contra la iniciativa por la que se optó. Ésta tuvo que ser aprobada por una alianza del PRI y del PAN. En el 2000, año electoral, tuvo más éxito. Aliado a otros partidos de oposición, logró modificarlo sustancialmente, y lo mismo sucedió en 2001, primer año del nuevo gobierno.

Así mismo ha sido activo para transformar la defensa del medio ambiente en un derecho constitucional de los mexicanos y se opuso a los privilegios que favorecieron a la gran empresa privada, plasmados en el Fobaproa. Es en las Cámaras en donde se manifiesta con claridad y coherencia el proyecto político del PRD. Más que en el programa y los documentos ideológicos, es en las posiciones adoptadas por sus diputados y senadores donde puede seguirse la orientación real del nuevo partido. Y a ese respecto queda claro que en él existen corrientes que tienden a insertarlo en el establishment como una fuerza crítica, y otras, más radicales, que prefieren usar las posibilidades del parlamento para consolidar los lazos con los sectores más rebeldes de la sociedad para construir una fuerza de alternativa, quizá más pequeña, pero más radical y cercana a la capas más desfavorecidas.

El otro polo de la izquierda, el zapatismo, presenta dos propuestas muy diferentes. La primera y más conocida es la autonomía política y cultura para las comunidades indígenas.

Su novedad reside precisamente en haber transformado una demanda secundaria en el pasado en el centro de sus luchas. La resolución del Congreso sobre la ley relacionada con este tema posterga indefinidamente un avance decisivo en este terreno. La segunda es la creación de un movimiento social que no se inscriba en el régimen partidista y parlamentario y que luche por la realización de las

13 grandes demandas planteadas desde un principio, por vías extraparlamentarias. Frente al partido de izquierda que se propone conquistar la mayoría de la Cámara y eventualmente el Poder Ejecutivo para hacer avanzar su proyecto desde el Estado, el EZLN propone la creación de un gran movimiento popular: vale decir, la conquista de la calle, el campo y la fábrica, para desde ahí luchar por vías pacíficas y legales por los objetivos de los pobres. Su enfoque sostiene que el parlamentarismo impone límites insuperables a un impulso transformador del pueblo, y que sólo el movimiento desde abajo que concientiza y moviliza directamente la acción popular puede cambiar decisivamente la relación de fuerzas que existe en el país.

Hasta hoy las iniciativas para crear esos centros organizadores duraderos y eficaces del movimiento social han sido infructuosos. La idea de una fuerza política que no luche por la toma del poder ni recurra a los viejos métodos, sino que se dedique a potenciar los movimientos ciudadanos, tiene una larga tradición en los movimientos sociales. Sin ella, los cambios actuales hubieran sido imposibles. Sin embargo, su eficacia, como ha demostrado el pasado, es muy reducida. Un sistema político con suficiente legitimidad puede absorber, cooptar o neutralizar la acción extraparlamentaria sin poner su existencia en peligro.

Entre el PRD y el EZLN existen sin duda puntos de complementariedad y de conflicto. El partido electoral de izquierda no puede actuar como movimiento social y éste se halla inhabilitado para participar en la contienda electoral. Cada uno de ellos se ciñe a reglas de juego diferentes y tiene funciones distintas. A cada uno su cultura, su democracia, su capacidad transformadora, sus seguidores y sus límites. En los próximos años, México verá mucho de ambos. Ninguno de los dos puede con éxito sustituir al otro, pero su existencia puede en muchos momentos adquirir rasgos complementarios importantes.

Queda por resolver el problema de la utopía de la izquierda. La izquierda no puede pasar de la resistencia a la acción transformadora sin responder a fondo al reto del pensamiento único. La batalla del futuro se gana primero en las ideas y su respuesta debe reconciliar los objetivos inmediatos con la visión del futuro.

Hay dos tipos de utopía: la primera es la del mejor de los mundos, la que construye paraísos terrenales. En ella, la armonía, la igualdad, la solidaridad y la libertad están plenamente realizadas. Después de las experiencias del siglo XX, podemos decir que esas utopías absolutas no sólo son imposibles, sino también altamente peligrosas. La idea de una “nueva sociedad” o “un hombre nuevo” en la cual se resuelven de una vez y para siempre las contradicciones humanas merece la frase de Goya: “Los sueños de la razón producen monstruos”. La imperfección es condición inevitable de toda civilización. Hay sistemas perfectibles, pero ninguno perfecto. La contradicción entre valores e intereses ha sido, es y será un rasgo de todas ellas. Los portadores de utopías absolutas en nombre de las cuales se exige a la humanidad el sacrificio prolongado de derechos fundamentales han producido siempre tiranías.

El segundo tipo de utopía sostiene la posibilidad no de un mundo perfecto, sino de un mundo mejor, un futuro diferente. En él, contradicciones del presente se resuelven, pero los conflictos, las tragedias, los dolores inherentes a la condición humana no quedan abolidas. Incluye objetivos irrealizables en las condiciones actuales (si no, dejaría de ser utopía), pero no la armonía universal. Frente a la utopía cerrada se plantea la utopía abierta. “Lo utópico – dice Sánchez Vázquez – apunta a un posible, no realizable hoy y tal vez realizable mañana, pero a condición de que lo posible tenga cierto arraigo en lo real”.

Frente a la utopía excluyente, una utopía pluralista. La gran lección del siglo XX es que, más que un proyecto acabado, la utopía debe ser un conjunto de propuestas movilizadoras. Por lo tanto, la utopía

abierta se concibe como inconclusa y cambiante. La posibilidad futura no es inflexible ni unívoca. Es una utopía que se construye en la libertad y está inevitablemente abierta a múltiples variantes, y debe estar marcada por la conciencia de que cada gran victoria de las civilizaciones humanas es, a la vez, un punto de llegada y un punto de partida.

Los dos grandes modelos que dominaron la imaginación de la humanidad en el último siglo, el socialismo estatista y el libre mercado capitalista, han fracasado porque eran absolutos y excluyentes.

La nueva utopía debe estar impregnada de un pensamiento secular, crítico, abierto al pluralismo y opuesto radicalmente a cualquier forma o invitación al fundamentalismo. Éstas son algunas de las condiciones necesarias en la gran tarea de reconstrucción de las ideas del futuro. Una tarea que requiere de una gran humildad y una gran paciencia.